

## **UN MAESTRO INSÓLITO**

*por Francisco-Manuel Nácher*

Se supone que los humanos somos los maestros de los animales: Los alimentamos, los adiestramos, los utilizamos y, a veces, hasta los explotamos, los devoramos, los mutamos genéticamente, los clonamos o los extinguimos...

Hay un animal, sin embargo, con el que nuestra relación de convivencia ha sido y es muy especial. Me estoy refiriendo al perro.

Porque, si bien es cierto que, a lo largo de la historia, hemos hecho con él todo lo que arriba he relacionado, en cuanto a los animales en general, también lo es que, además, con el perro hemos mantenido una relación privilegiada: Lo hemos introducido en nuestra casa y hasta lo hemos convertido, muchas veces, en un miembro más de nuestra familia. De ese modo, el perro ha podido evolucionar más deprisa y parecerse cada vez más a los humanos. Ha sido y es, por así decirlo, el discípulo aventajado del hombre. Lo hemos modelado a nuestra imagen, nos comprende, interpreta nuestra mirada y nuestros gestos y se esfuerza por obedecer nuestras órdenes.

Pero hay excepciones. Y muy significativas. Y que hacen pensar mucho. Mucho. Y que trastocan los papeles y nos convierten a nosotros en discípulos y a ellos en maestros.

Hace ya varios años, me regalaron un cachorro de cinco días de pastor alemán. Y mi mujer y yo, con los hijos ya criados, volvimos ilusionados a los biberones cada tres horas, los sueños interrumpidos y la preocupación por el frío, el estado digestivo, las vacunas, etc.

Le pusimos el nombre de Don. Sólo porque resultaba una palabra corta y sonora, aunque luego resultó ser el más apropiado, ya que siempre fue un verdadero “señor”: Nunca mordió a nadie ni lo intentó; jamás peleó con otros perros; creció con nuestros hijos, los cuidó y acompañó al colegio y soportó todos sus abusos y los nuestros; nos amó a todos hasta la exageración; nos hizo compañía siempre que la necesitamos; vio el mundo como un jardín maravilloso en el que todo era hermoso y todos eran buenos y acabó consiguiendo que nosotros lo viésemos también así; se comportó siempre con delicadeza, con sensatez y hasta con elegancia, y,

tras doce años de convivencia apacible y fructífera, desapareció un día misteriosamente para no volver más, haciendo inútiles nuestras pesquisas de meses y dejando en nuestros corazones un vacío que nunca hemos podido volver a llenar. Si existiera un santoral para los perros, Don figuraría en él con todo merecimiento.

Pero no le dedico estas líneas por todo ello, ni por la admiración y simpatía que despertó en cuantos lo conocieron, sino porque, aunque resulte extraño, fue mi maestro, mi verdadero maestro en unas asignaturas que a los humanos nos resultan especialmente difíciles de aprender y, más aún, de poner en práctica, porque no tenemos a mano demasiados modelos que las encarnen. Me estoy refiriendo al amor, a la humildad, a la tolerancia, al perdón...

Cuando, siendo aún un cachorro, comencé a enseñarle las consabidas habilidades de “dame la mano”, “esa no, la otra”, “siéntate”, “échate”, “levántate”, “quédate aquí”, etc. y a no comer de la mano derecha, a no ensuciar con las patas poniéndose de pie, a llevar el periódico o a buscar cualquier objeto, a veces, cuando no se centraba lo suficiente en la enseñanza y cometía un error, le daba un suave papirotazo en el hocico, como reconvención.

Pues bien, siempre, tras recibirlo, su primera reacción fue la de lamer la mano que le había castigado, sin manifestar jamás miedo, ni sumisión, ni humillación, ni disgusto, ni enfado, sino una enorme serenidad. Pero, indefectiblemente, cada vez que recibió un castigo, lamió mi mano.

Supo, además, ser un maestro consumado. Porque, si lo hubiera hecho una o dos veces, yo no me hubiese percatado de ello. Pero insistió, insistió tanto, con su mirada clara puesta en la mía y tan llena de serenidad y de agradecimiento por mi compañía, mis cuidados y mi dedicación a su enseñanza, que consiguió hacerme pensar.

Y pensé. Ya lo creo que pensé. Y comprendí cuán acertada era su enseñanza. Y comprobé cuán profunda y verdadera y fructífera era la lección que trataba de impartirme: La de devolver bien por mal.

De ese modo tan sencillo, Don me hizo madurar por dentro. Hasta el punto de que, cada vez que sentía la tentación, en medio de los avatares de la vida, de reaccionar violentamente ante cualquier violencia, fuera del tipo que fuese, su imagen lamiendo mi mano aparecía en la pantalla de mi mente y, siguiendo su ejemplo, comencé a morderme los puños del alma y a tratar de devolver bien por mal.

¡Y cómo funciona la enseñanza! Cuesta, pero funciona. Y acaba convirtiéndose en un hábito maravilloso que produce tal felicidad, tal ligereza interna, tal euforia espiritual, que sólo entonces se puede comprender el origen de la luminosidad de aquella su mirada, sin rastro de doblez, sin segundas intenciones, sin pizca de egoísmo, con entrega absoluta, en amistad perfecta, en confianza sin límites, en verdadera comunión espiritual.

Así fue como me convertí en discípulo de mi perro, que supo mantenerse en su papel hasta que aprendí la lección. Luego, como he dicho, desapareció de mi vida sin decir nada. ¿Consideró cumplida su misión para conmigo y se fue a impartirla en otro hogar? Nunca lo sabré. Pero sí sé que su amistad y su compañía y, sobre todo su ejemplo, me hicieron mejor. Gracias, Don, estés donde estés.

\* \* \*